

1. MI TESTIMONIO SOBRE EL FUNDADOR DEL OPUS DEI

Por ALFREDO LOPEZ

El testimonio expresado en este artículo procede de una de las personalidades más conocidas en los ambientes españoles. Alfredo López Martínez ha estado presente, desde hace cuarenta años, en los más diversos campos del apostolado católico.

Durante sus años de estudiante, trabajó intensamente en las asociaciones estudiantiles, llegando a ser secretario general de la Confederación de Estudiantes Católicos. En 1928 ingresó en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de la que, en 1949, fue

nombrado vicepresidente. Ha trabajado en la Junta General de la Acción Católica Española, y en 1953, fue designado Presidente de la Acción Católica Española.

Alfredo López cursó estudios de Derecho en la Universidad de Madrid, ciudad en la que continúa ejerciendo la profesión de abogado. Durante los años de la Segunda República Española trabajó como periodista en la redacción del diario "El Debate".

* * *

Hoy se habla, se escribe y se pregunta mucho sobre el Opus Dei y sobre su Fundador y Presidente General, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Yo tengo la satisfacción de conocerlo, de tratarlo y de ser objeto de su afecto y de su confianza. A un gran amigo mío se lo debo, a Manolo Aparici, el inolvidable presidente y consiliario de la Juventud de Acción Católica. El me presentó a don Josemaría el año 1939, cuando acababa de terminar la guerra española.

Pensando en que los bienes deben comunicarse si se quiere vivir de veras en cristiano, he cogido la pluma para contar lo que yo sé directamente, no porque nadie me lo haya referido, de Mons. Escrivá de Balaguer, porque tengo por un don de Dios mi relación con este español insigne. Lo que cuento en estas líneas resulta de mi vivencia personal, es mi testimonio filial y amigo.

El Fundador del Opus Dei es franco, rotundo y de pecho abierto de par en par para todo lo que es noble y limpio en la vida. Tiene un ansia ardiente de santidad personal, y santidad es lo único que busca, porque es un hombre que ama de veras a Jesucristo y está empeñado en llenar el mundo de este amor. De él aprendí que el amor humano, el amor a mi familia, es cosa divina y sobrenatural, y, sobre todo, él me enseñó que el trabajo, la actividad profesional que sea, es medio de santificación, porque, bien hecho, es ofrenda buena de los hombres a Dios y fina obra de caridad para con el prójimo.

Mons. Escrivá de Balaguer enseña a seguir

este camino, fácil y heroico a la vez, a todos los hombres, sin distinción de razas, edades, profesiones o clase social. Por eso gusta de repetir —millones de hombres son testigos de con cuánta verdad puede decirlo— que se han vuelto a abrir los caminos divinos de la tierra; porque todos los caminos que son humanamente honestos, pueden y deben llevar hasta Dios. Esta espiritualidad vibrante ha puesto en marcha a miles de hombres para vivir plenamente la vocación propia del laico en medio del mundo. No hace mucho, Paulo VI, en un quirógrafo entregado personalmente a Mons. Escrivá de Balaguer con ocasión de una audiencia privada concedida el 10 de octubre de 1964, declaraba: “Habiendo podido comprobar gozosamente cómo las bendiciones del Señor han acompañado con abundantes frutos el camino del Opus Dei en estos primeros decenios de su vida, rogamos a Dios que la Asociación continúe con alegría su marcha por el sendero que usted, con su mano paterna, experta y amorosa, ha trazado, y la Suprema Autoridad confirmado; para que así corresponda a lo que

espera de ella la Iglesia en este momento trascendental de su historia”.

El Fundador del Opus Dei, con una comprensión tan certera de la vocación laical, tan amante de su propia vocación de sacerdote diocesano, sabía también comprender y amar la vocación, tan distinta, de los religiosos y descubrir sus señales en las almas que trataba, cuando Dios las quería fuera del mundo. El bendijo y confirmó en tal camino a una hija mía, que sabía de memoria, de tanto leerlos, muchos trozos de *Camino*, y hoy es religiosa de la Asunción.

De alta temperatura espiritual, es, en lo externo, un hombre rebosante de naturalidad y sencillez. Como el perfume sobre la cabeza del que ayuna ha de servirle, según el consejo de Jesucristo, para no exhibir su penitencia, Mons. Escrivá de Balaguer, con su talante natural y sencillo, oculta discreta y elegantemente la egregia calidad de su alma. Su buen humor y su ingenio vivo y chispeante le sirven para desviar hábilmente cualquier elogioso gesto de admiración que hacia él se enderece. La

raíz de su alegría acaso esté en aquella frase suya: que estén tristes los que no se sientan hijos de Dios.

Ama al mundo, que es criatura de Dios; y a sus hijos les dice que la calle y el mundo son el lugar de su encuentro con Cristo. Las cosas creadas padecen violencia porque hay hombres que, empleando mal su libertad, las usan de modo que contraría a la voluntad de su Creador. El Opus Dei suma su esfuerzo al de cuantos se proponen liberar al mundo de la esclavitud a que le sujetan los pecados de los hombres, y trata, como ha repetido tantas veces Mons. Escrivá de Balaguer, de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.

Su doctrina sobre la misión de los laicos en la Iglesia ha sido para mí un reguero de luz. El Papa y los Obispos enseñan el modo mejor de cumplir el Evangelio en cada momento de la historia. Ellos dan la doctrina, los grandes principios, las fórmulas generales de salvación, y los laicos han de ingeniárselas —con libertad y responsabilidad personal— para que la doctrina se haga realidad en la profesión, en la políti-

ca, en la economía, en la empresa, en el sindicato... en todas las actividades humanas. Con amplia libertad de iniciativa y de gobierno han de realizar los seculares esta tarea, en la que la Iglesia jerárquicamente no debe ser implicada. Los sacerdotes sirven a los laicos —dan la gracia y la doctrina— sin entrar en el terreno opinable de los modos concretos de cristianizar las estructuras temporales. Crece así la eficacia apostólica de la Iglesia de una manera inmensa y, a la vez, los laicos dan un golpe fortísimo al “laicismo”, que queda sin razón de ser.

El amor a la Iglesia y el amor a la libertad llevan a Mons. Escrivá de Balaguer a una no injerencia radical en las opiniones, conductas y determinaciones políticas, profesionales y económicas de los socios del Opus Dei y de sus cooperadores y amigos. Yo le he oído proclamar muchas veces, en público y en privado, esa libertad. En una asamblea de amigos de la Universidad de Navarra, no quiso pronunciar discursos; quiso dialogar. Una voz entre tantas que surgían, a veces atropellándose, del

patio de butacas o de los anfiteatros, preguntó: ¿Qué posición tienen los socios del Opus Dei en la vida pública de los países? La respuesta, como siempre, surgió inmediata: ¡La que les da la gana! Y una ovación clamorosa acogió estas palabras claras y rotundas. “En cuestiones temporales –dijo también aquella tarde– cada uno tiene el derecho de seguir libremente la opinión que prefiera. Los socios del Opus Dei son libérrimos en todos los problemas de orden temporal dejados por Dios a la discusión de los hombres. Si alguna vez los católicos deben adoptar en estas materias un criterio uniforme, corresponde a la jerarquía de la Iglesia señalar ese criterio, jamás a los directores del Opus Dei. Si yo quisiera imponer mi criterio en estas cuestiones, me quedaría solo”.

Los brazos de Mons. Escrivá de Balaguer están abiertos siempre, sin discriminación alguna; él consiguió en 1947 que la Santa Sede autorizara al Opus Dei a admitir como Coadyutores a no católicos e incluso a no cristianos, y fue así esta Asociación la primera en recibir y acoger a cientos de ortodoxos, de protestan-

tes, de hebreos... Esa apertura del corazón de Mons. Escrivá de Balaguer es otra de mis vivencias; un corazón abierto a todos, también a los que no quieren comprenderle, a los que le calumnian... Al terminar una entrevista con varios corresponsales de prensa extranjera, les dijo que esperaba que dijese la verdad y, que si no la decían, rezaría por ellos de una manera especial. Sólo viéndole y tratándole se puede captar algo de la efusión cordial de este hombre de Dios, español universal.

El recuerdo de Mons. Escrivá de Balaguer evoca en mí la perspectiva de gran parte de mi vida y me lleva a contemplar a todas las personas e instituciones con las que sinceramente he colaborado. De modo especial dediqué muchos años y energías a la Acción Católica con el convencimiento, siempre actual, de que la Acción Católica es un eficaz instrumento de la Iglesia para el desarrollo del pueblo de Dios. De aquí mi solidaridad, mi fervoroso agradecimiento y mi afecto a cuantos, codo con codo, trabajamos juntos, a veces en momentos difíciles, por el Reino de Cristo.

Sobre todo, a aquellos que me han ayudado –a mí y a tantos otros hombres– a servir mejor y a amar a Dios.

De labios del Fundador del Opus Dei oí yo muchas veces a lo largo de los años en que le traté estas palabras: “Ama mucho a la Acción Católica”. Yo la amé y la serví y la sigo amando, es cierto, pero a la vez una inquietud se apodera de mí cuando esto recuerdo. Porque si yo hubiera cumplido los deberes de mis cargos, como Mons. Escrivá de Balaguer quería que los hubiese cumplido, mi aportación a la Acción Católica hubiera tenido una perfección que en ocasiones le faltó.

ALFREDO LÓPEZ

© 1988 by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.